

Una noche en Lousiana

Fabián Pérez Pérez,

Académico part time de la Facultad de Artes Liberales en Santiago.

Eran demasiados los años de abusos, atropellos e insultos. Todos ellos habían sido arrebatados de su tierra, de sus familias, de sus vidas, aspiraciones y sueños. Los grilletes y las pesadas cadenas que debían cargar mientras eran llevados al trabajo, habían hecho surcos en sus gruesas muñecas y tobillos; los golpes de varillas y látigos marcaron sus espaldas y torsos, quedando hendiduras con formas de caminos, culebras y senderos que recorrían toda su humanidad. Pero la más profunda e insondable marca que tenían aquellos esperpentos humanos era la amargura; como un sabor agrio que subía desde el estómago o el corazón y se aglutinaba en la boca, esta no les permitía vivir en paz, no les dejaba disfrutar ni un solo momento, ni siquiera durante las cuatro o cinco horas en que podían dar descanso a su cansado cuerpo durante las vigilias de la noche, cuando los amos dormían. Ni la más tierna evocación del pasado en forma de cánticos y endechas nostálgicas que al ritmo del tambor dibujaban las estepas de su tierra abandonada, su patria lejana, su país de infancia o de los dulces rostros de sus padres, esposas e hijos, podía endulzar ese áspero néctar que bebían día a día, noche a noche, semana a semana y año a año. De hecho, ni siquiera llevaban la cuenta del tiempo.

Algunos decían que habían pasado cuarenta y dos meses, es decir, tres años y medio. Otros decían que más y algunos que menos; no había consenso en mediciones temporales solo en que ya había sido suficiente, que ya era hora de terminar con ese estado calamitoso, con ese orden aplastante que los estaba llevando a la tumba de manera anticipada aún en el cenit de sus vidas. Pero no tenían fuerzas, se sentían cansados por la dura faena que comenzaba desde antes de salir el sol y que terminaba una vez que ya se había puesto el astro rey. Miraban sus manos cansadas, lastimadas y endurecidas a causa de las picotas, palas y azadones que utilizaban para sacar el algodón, el tabaco y la caña de azúcar, sintiéndose indefensos y vulnerables, sin fuerzas para poder combatir o, lo que es peor, soñar con la fuga. Un sueño de fuga imposible sofocado por el calor húmedo del clima subtropical de Louisiana, inhibido por la intimidación de los amos blancos que se paseaban a caballo por medio de las plantaciones, asfixiado por la ausencia de esperanza y la muerte en vida. Porque cuando un hombre pierde su capacidad de soñar ha perdido su capacidad de vivir, o al menos así murmuraban constantemente los más ancianos que aun lograban sobrevivir. Y los sueños son parte de la realidad y esta se confunde en ellos en una danza frenética que no tiene fin.

Bevryder había llegado a la plantación desde hacía poco tiempo; un corte le atravesaba todo el hemisferio derecho del rostro, desde la ceja hasta el mentón, además de tener las marcas comunes producto de los golpes de látigo que tendría que haber soportado de parte de barqueros y transportistas, al igual que todos los demás esclavos, menos yo. Su piel oscura resplandecía a la luz del sol y poseía un peculiar brillo a la luz de la luna; yo lo miraba con admiración y temor, una mezcla de asombro y espanto. Su estatura estaba sobre la media de los demás esclavos de la plantación; comparados con él, todos parecían débiles campesinos que fueron sacados de sus campos y arados para ser echados a la fuerza en barcos de esclavistas. En cambio él parecía un guerrero, un veterano de mil batallas. Al mirar sus ojos daba la impresión que había vivido setenta años o setenta vidas, no los casi treinta que de seguro habría de tener; tenía un aire serio, adusto, con una convicción que resulta solo de la seguridad absoluta sobre algo. Era un líder sin querer serlo. Todos lo miraban y admiraban. También lo respetaban, aún los capataces, incluso los sirvientes de la casa. Nadie sabía su procedencia; Mané decía que venía desde Sierra Leona, Kínótó, en cambio, desde el Congo o de tierras más al sur. Nadie conocía si tenía familia, mujer o hijos. El primer día que llegó lo echaron al foso, un cajón cerrado que estaba justo en la mitad del patio exterior de la casa patronal. Allí estuvo expuesto por tres días al sofocante calor del día y al aire gélido de la noche, incomunicado, sin comida y solo con una cubeta de agua traída del pozo justo al medio

día, cuando estaba tibia y con un olor nauseabundo. Dicen que lo mandaron allí por mirar a los ojos al amo cuando éste estaba haciendo la revisión de los nuevos esclavos llegados desde la feria del Condado de Greenbow. Dicen que por tal osadía el amo lo golpeó con la varilla en la cara y lo mandó al foso, para "apaciguarle el espíritu", tal como siempre justifica sus golpes. Luego de eso hizo una breve oración por su alma, si es que acaso el negro no lograba sobrevivir al foso. El amo siempre se caracterizó por ser un hombre extremadamente piadoso. Dicen que mientras cerraban las puertas del cajón, Bevryder se rió de forma estruendosa, como si no tuviera miedo a la muerte, desafiándola. Desde ese momento y sin conocerle más, todos los esclavos le respetaron. No dejaba a nadie indiferente.

Éramos tan distintos, de mundos tan lejanos y extraños entre sí, pero de alguna forma nos parecíamos, nos conocíamos de otro tiempo, de otras edades, de otras vidas. No todo me hacía sentido pero, de una retorcida manera, sentía que lo conocía de un sueño, de una brisa pasajera y que todo lo que estaba viviendo no era más que un espejo de otra realidad surgente. Yo no era más que un simple mozo, un sirviente de la casa. Había nacido ahí, en la casona del capataz justo atrás de la casa de los amos. Mi madre era una negra sucia, así me dijeron desde niño, traída en un barco lleno de esclavos y ratas desde más allá del horizonte y que no había logrado resistir el parto. No sé quién era mi padre; una vez que pregunté me respondieron que había sido un negro que lo habían comprado barato en la feria anual de esclavos de Mississippi y que había muerto en el foso porque tenía la mirada desafiante o algo así. Otros me dijeron que murió apuñalado en una pelea de apuestas en Alabama, secuestrado por una comitiva india en la Bahía de Chesapeake, o que se había fugado hacia Virginia y de ahí más al norte, finalmente uniéndose, antes del comienzo de la guerra, a los *yankees*, malditos *yankees*, y a un batallón compuesto por libertos ignorantes que eran manipulados por los unionistas en contra de los confederados y de su honesta forma de vivir en el sur profundo, tierra de valientes. Aunque mama Tsonga, la sirvienta encargada de la cocina y la bodega de alimentos, una vez me dijo, susurrando, que yo era el bastardo del señor y que debido a eso éste tenía un trato diferente conmigo. Tenía diez años cuando me dijo eso y hasta el día de hoy, cuando ya han pasado casi quince, no he podido sacar de mi cabeza algunas conclusiones sacadas a partir de lo que dijo mama Tsonga pero, sobre todo, el sonido fétido de la palabra *bastardo*. Hoy, desde la distancia y la perspectiva, ato cabos sueltos: mi color de piel es levemente menos oscuro, mi pelo menos crespo y tengo un porte levemente más alto que el resto de los esclavos. Además de eso, el amo siempre ha tenido conmigo un trato distintivo del resto de los sirvientes, al punto que una vez me tocó el hombro en un gesto de aprobación tras llevarle una copa de vino a la biblioteca. Además, desde que yo era muy niño dio el encargo de que se me enseñase a leer, sumar y tocar el piano. Sumado a todo esto, mis labores eran bastante menos pesadas que las del resto, pero aún así me sentía un títere, una marioneta sin poder de decisión ni de acción para llevar a cabo su propio destino. Un esclavo glorificado a sirviente de casa, pero un esclavo a fin de cuentas.

Me levanto todos los días al alba, como por ejemplo hoy; llevo el desayuno a la señora, soportando sus malos tratos y burlas; luego debo supervisar las labores de los sembradores o cosechadores dependiendo de la temporada, haciendo la revisión y llevando a cabo la bitácora en el libro de cuentas; vuelvo a la casa, superviso las labores de servicio y de la cocina además de la limpieza de los uriniales y cloacas, reviso los estantes de la bodega, las cuentas de la casa y otras labores menores hasta que ya esté bien entrada la noche, en un frenesí de locura rutinaria. El único tiempo de libre disposición que el amo me concedió desde hace un año consiste en una hora por la noche, tarde, una vez acabadas todas las actividades y antes de dormir. Ese momento lo he aprovechado para leer todo lo que pudiera en la biblioteca; he leído algunos clásicos grecorromanos, sobre todo aquellos preferidos por el amo y que tienen marcas en ciertas páginas seleccionadas, entre ellos Homero, Hesíodo y Virgilio.

Pero en las últimas semanas, saltándome a los antiguos, comencé a hojear algunas obras Shakespeare. Y el diálogo entre Casio y Bruto sobre la muerte de César, me dio una bofetada: *"los hombres son a veces dueños de su destino, / y no culpemos a la mala estrella de nuestras faltas"*. Yo no era dueño de mi destino y ni siquiera conozco las estrellas, ya sean estas buenas o malas. Mis sentidos se alteran debido a estas líneas. El sudor de mi frente se confunde con el de mi pecho; suelto el libro porque sus gritos me aterran, alteran mi estabilidad y simpleza cotidiana. No soy de hacerme muchas preguntas ni de alterarme, pero el texto de Shakespeare me produce vahído, confusión y desasosiego. Las gotas de sudor en mi frente se vuelven cada más densas y caen por mi rostro y cuello hasta humedecer la camisa; escucho

ruidos en el patio, silbidos y gritos en el idioma de los esclavos. Deben estar de fiesta celebrando a alguna de esas divinidades a las cuales, de vez en cuando, cantan y bailan una vez que los amos y capataces se han ido. Tomo otra vez a Shakespeare, *Hamlet*, específicamente, y reviso la marca que tenía puesta el amo en una de las páginas centrales; la miro con perplejidad y me doy cuenta de que varias veces la he escuchado ser declamada tanto por el mismo amo como por la señorita Spencer, la institutriz de sus hijos menores. Entre el sudor que recorre mi cuerpo, la sensación de náuseas y el ruido del patio, siento que en cualquier momento voy a caer desmayado al suelo en un ataque febril; intento tomar fuerzas, me afirmo en el escritorio del amo y leo en voz alta: “*Ser o no ser, de eso se trata: / si para nuestro espíritu es más noble sufrir / las pedradas y dardos de la atroz fortuna / o levantarse en armas contra un mar de aflicciones / y oponiéndose a ellas darles fin*”. La sensación febril se apodera de mi cuerpo y siento que pierdo las fuerzas en mis brazos; el sudor se ha vuelto un mar de agua salada caliente que recorre el pecho y la espalda; afuera el ruido se hace más fuerte e irresistible, al punto de que el sonido del tambor se confunde con los latidos de mi corazón y el palpar de una arteria central del cuello que está a punto de estallar como si fuera una manguera torcida. Como si un volcán apostado en mi pecho estuviera a punto de hacer erupción y expulsar todo aquello que enferma y que hace perder los sentidos. ¿Será que Shakespeare me está hablando y me quiere decir algo? ¿Me estará diciendo que debo levantarme en armas contra aquella sensación que me acongoja, que me aprisiona y esclaviza a la rutina? ¿O será que puede ser mejor sufrir el agravio, soportar las aflicciones de esta cruel vida de esclavo y mozo de casa? Mis piernas tiemblan, siento que desfallezco y en un intento por recomponerme para seguir leyendo el desenlace, caigo fatigado sobre el sillón de lectura del amo; pienso en la libertad, aquel concepto que poco conozco, en que nunca seré libre hasta que me levante de aquí, deje la lectura, tome mis cosas y me pierda en medio de la oscuridad por entre los robles y magnolias que demarcan el camino a la casa patronal. La música se hace cada más estridente, las velas que iluminaban la biblioteca se apagan de súbito y en medio de la penumbra, al borde del marco de la puerta, veo una silueta que camina hacia mí. El temor me invade pero mis miembros están tan entumecidos que no reaccionan, no puedo moverme, no puedo hacer nada más que esperar el destino que me acecha; cierro mis ojos por un segundo y al abrirlos, una figura alta y corpulenta está frente a mí, tan cerca que puedo sentir su pesada respiración sobre mi cara. Entre la luz de la luna que se cuele por la ventana, puedo ver de quien se trata; me mira a los ojos y con una expresión aterradora me susurra: “¡Libertad a los esclavos!”. Con espanto y resignación, noto que Bevyder saca un puñal que clava violentamente sobre mi pecho una, dos, tres veces.

Una, dos, tres veces mi hijo me remece para despertarme. “Papá, estás gritando, despierta”, me dice con sus ojitos negros azabache que solo puedo ver en las mañanas al desayuno. En ese momento lo comprendo: me ducharé, tomaré un café, conduciré al centro y una vez llegue al trabajo le diré a mi jefe: “Muchas gracias por todo, renuncio”. Nada más.

El día que abrí la puerta

José Tomás Abud,

Alumno de la carrera de Psicología en Santiago

Suena el timbre de la casa, se escucha la puerta abrir junto a unos pasos y alguien que toca la puerta de Franco.

Doctor: Te propongo algo, esta vez hablemos de lo que tú quieras hablar. No va a ser muy largo, si quieres evitar un tema simplemente no lo mencionas.

Franco: Supongo que tendré que abrirte.
(El doctor se sienta en la cama, mira a la empleada para que se retire del marco de la puerta y espera pacientemente a que Franco hable)

Franco: No sé qué contarle a usted. Sinceramente creo que no tenemos nada en común. Ya hablamos suficiente de mi mamá con sus obsesiones. De mi papá también, para mí él ya no es tema, nunca lo fue.

Doctor: (El doctor se toma un tiempo, camina en círculos por la pieza y exclama de manera suave) Ya veo. ¿A qué te refieres con que tu padre ya no es tema?

Franco: Él se fue para siempre.

Doctor: Tengo entendido que desapareció por temas políticos.

Franco: Pudo haber sido por muchas razones, pero desapareció igual.

Doctor: Tienes razón, ya hemos hablado mucho de ese tema. Prácticamente todas nuestras conversaciones han girado en torno a tu padre. Mejor hagamos lo que te propuse hace un momento, hablemos de lo que tú quieras.

Franco: Tengo más claro de lo que no quiero hablar. Por favor no hablemos más de mi futuro, entiendo que debería estudiar y que estar encerrado aquí me hace mal, pero todavía no estoy preparado para salir.

Doctor: Perfecto, entonces no hablemos de eso. ¿Hay algo que me quieras decir? Lo que sea.

Franco: Se me ocurre algo que me ha pasado este último tiempo.

Doctor: Puedes confiar en mí.

Franco: Es que si le digo va pensar que estoy más loco que antes.

Doctor: Nunca he creído que estás loco.

Franco: Sí claro... En fin, le voy a contar porque no tengo a nadie más con quién comentarlo. El tema es qué últimamente me he sentido observado.

Doctor: ¿En qué sentido?

Franco: He sentido que a mí y mi madre nos espían. Usted ha visto mi departamento, todas las ventanas dan a la Calle Carrera, si usted mira ahora por la ventana hay varios edificios que pueden ver todo lo que hacemos.

Doctor: ¿Por qué crees que los espían?

Franco: No sé, pero estoy seguro de ello. Mire lo invito a que mire por a la ventana que está en ese edificio. Si se queda el suficiente tiempo verá un sujeto que se sienta y simplemente observa.

Doctor: Me parece fascinante. Muéstrame bien esa ventana.

Franco: Mirela bien, justo ahora no hay nadie. En mi tiempo libre he calculado la ubicación del departamento, según mis cálculos la dirección es Carrera 3500 y el piso es el octavo.

Doctor: Es una buena deducción, bastante precisa.

Franco: He anotado todas las veces que veo al hombre, tengo un registro de todos los horarios en que aparece. Lo hace una vez al día.

Doctor: ¿Qué apariencia física tiene ese hombre?

Franco: No lo sé, se ve viejo. Es difícil poder observar con detalle, siempre esta oscuro y es lejos.

Doctor: Todos tus registros son en la noche, eso es interesante. ¿No has pensado en que puede ser simplemente un hombre cansado que ha llegado de trabajar?

Franco: Claro que sí, pero no tendría sentido. Porque siempre mira en esta dirección y solo cuando se apaga la última luz de mi casa el apaga la suya.

Doctor: Dime algo, ¿Qué sensaciones te produce eso? ¿Miedo?

Franco: No me da miedo. Solo me da curiosidad. ¿Qué ve ese hombre de interesante en nosotros?

Doctor: Una nunca sabe, algunos buscan cariño, otros fantasean con la vida de otros, algunos simplemente miran. No hay una receta única en esto.

Franco: Es raro no tener ningún vínculo o nada en común con alguien y que me observe. De alguna forma termina conociendo una parte de mí.

Doctor: Como yo.

Franco: (Mira al Doctor intrigado) No entiendo.

Doctor: El tema, a diferencia de lo que tú piensas, es que yo sí creo que tenemos cosas en común. Cosas independientes de la terapia.

Franco: ¿Qué tiene que ver las cosas en comunes con todo esto?

Doctor: Cuando entré me dijiste que no teníamos nada en común y me quedó dando vueltas. Si lo miras de esa manera entonces ¿Qué diferencia tengo yo con el hombre que te mira en las noches?

Franco: Es distinto, yo con usted por lo menos he hablado.

Doctor: Pero aún así crees que no existe vínculo entre nosotros.

Franco: Creo eso, porque usted viene a trabajar acá. Yo soy su fuente de trabajo, no soy muy distinto a un objeto. El único motivo por el que viene es porque recibe dinero por esto. Si no existiera esta profesión no vendría nadie. ¿Me entiende?

Doctor: ¿Entonces te gusta que venga?

Franco: (Franco desvía la mirada y se tarda unos segundos) La verdad es que no.

Doctor: Supuse que no te gustaba. ¿Te gustaría que no venga mas?

Franco: La verdad es que pierdo tiempo con todo esto. A veces termino cansado y de mala gana, no creo que me este ayudando esto.

Doctor: Te entiendo completamente. Te propongo que hagamos una apuesta, si encuentro un aspecto que tengamos en común que sea independiente de esta terapia yo gano, si no encuentro nada entonces ganas tú.

Franco: (Franco exclama dubitativo) Me parece lo de la apuesta. ¿Qué estamos apostando?

Doctor: Si ganas, nunca más vuelvo, le digo a tu madre que tú tienes razón y puedes vivir en paz. Pero, si pierdes me vas a acompañar un día completo.

Franco: ¿Acaso estás loco? Pero si tú eres un psiquiatra, trabajas con puros dementes.

Doctor: En eso te equivocas.

Franco: Se lo que es un psiquiatra y en lo que trabajan, además mi mama me contó en lo que usted se especializa.

Doctor: ¿Acaso tú sientes que estás demente?

Franco: Claro que no.

Doctor: Entonces no es tan cierto lo que tú madre te dijo.

Franco: Bueno, pero debe haber entremedio gente que tiene algún grado de locura.

Doctor: Claro, en todas las partes del mundo hay uno que otro loquito. En todo caso nunca dije que irías a trabajar conmigo, te dije que me acompañarías un día completo.
(El doctor hace una pausa y espera desinteresadamente la respuesta de Franco)

Franco: Acepto. Sé el truco que me estás haciendo, pero en todas estas sesiones no hemos conversado más que hoy día, de hecho, creo saber mucho mas de ti que tu de mí .

Doctor: (el Doctor se para en dirección a la puerta) Perfecto, la próxima sesión nos sentaremos y te diré todo lo que tenemos en común.

Franco: ¿Doctor le puedo decir algo sin que se enoje? ¿Por qué siempre usted está arrancando o apurado?

Doctor: Soy un hombre ocupado.

Franco: Mire, usted ya está acá. Siéntese y terminamos con esto de una vez.

Doctor: Una vez escuche la frase "Si eres bueno en algo nunca lo hagas de la forma gratuita". La verdad es que al principio no me hacía mucho sentido, pero ahora que la he ido aplicando me ha dado buenos resultados.

Franco: (Franco lo mira fijo y luego exclama como si se hubiese iluminado) Eso lo dijo el *Joker* en *Batman*.

Doctor: ¿Estás seguro? De todas formas, yo soy más seguidor de Jack Nicholson como *Joker*.

Franco: (Indignado) Pff, Heath Ledger dejó su vida en ese papel, de hecho, muchas de las escenas de "*Batman: el caballero de la noche*" son improvisadas por él, como si el personaje se hubiese apoderado de Ledger.

Doctor: (El doctor se sienta entusiasmado) Leí que las causas de su muerte son inciertas, incluso se encontró un diario de vida del actor en que en algunos pasajes hablaba como si fuese el *Joker*.

Franco: Incluso murió antes de terminar la película, algo raro pasó ahí.

Doctor: Quizás tienes razón. Ledger pudo haber sido mejor que Nicholson, el dejó la vida en ese papel.

Franco: ¿No ve que tengo razón Doc?

Doctor: Sí, en algunas cosas. (El doctor apunta al otro extremo de la pieza en donde había un poster de *Batman*). Pero en otras cosas no tienes razón, a veces las cosas que unen a las personas son las mas inverosímiles.

Preocúpate de abrigarte la proxima semana, creo que habrá tormenta (el doctor se para, deja un sobre arriba del escritorio de Franco y camina hacia la salida).

Franco: (Abre el sobre y lee en voz alta) Alguien lleva años buscándote, alguien que nunca desapareció de tu vida. La dirección es Carrera 3550 departamento 803.

Alzheimer

Rosa Inés Vargas,

Administrativa de la Facultad de Ingeniería y Ciencias en Viña del Mar

La noche de mi temido invierno
Golpea mi ventana finalmente
Gota a gota se forma el silencio
Gota a gota acerca a la muerte

La fuente de donde brotaba encanto
Convertida en nubarrones dementes
Va cubriendo de espeso manto
Uno a uno mis pensamientos presentes

La torre de mi castillo encantado
Es ahora prisión irreverente
Donde antes había miel dorada
Sobre ella ahora hay gris nieve

La cristalina agua de mis lagos
Se ha enturbiado de repente
Y el canto de la mañanera alondra
Es un torpe gorjeo gimiente

Busco en mis baúles guardados
La vida que existió, ahora inexistente
El vacío me ha envuelto y arrebatado
La última esencia que ya se pierde

Huyeron las palabras de los labios
El mundo ya es un extraño a mi mente
Recordar mis rostros tan amados
Es un consuelo tristemente ausente

Mirada entre dos

Jorge Francisco Muñoz Fragapane

Alumno de la carrera de Ingeniería Comercial en Santiago

Basta un silencio para taparse la boca
No por bostezo ni por estornudo
Basta un segundo para quitarte la ropa
Cuando me miras como si estuviera desnudo

Un fuego que fluye como agua
Vibra entre nuestros cuerpos separados
Tus labios cubiertos sin descuido
Bajo persianas con marcos sonrojados

Y dos miradas que se sostienen
En un baile de palabras sin asunto
Deseo conjunto entre llamas se mantiene
Encuentra placer en vivir y morir oculto